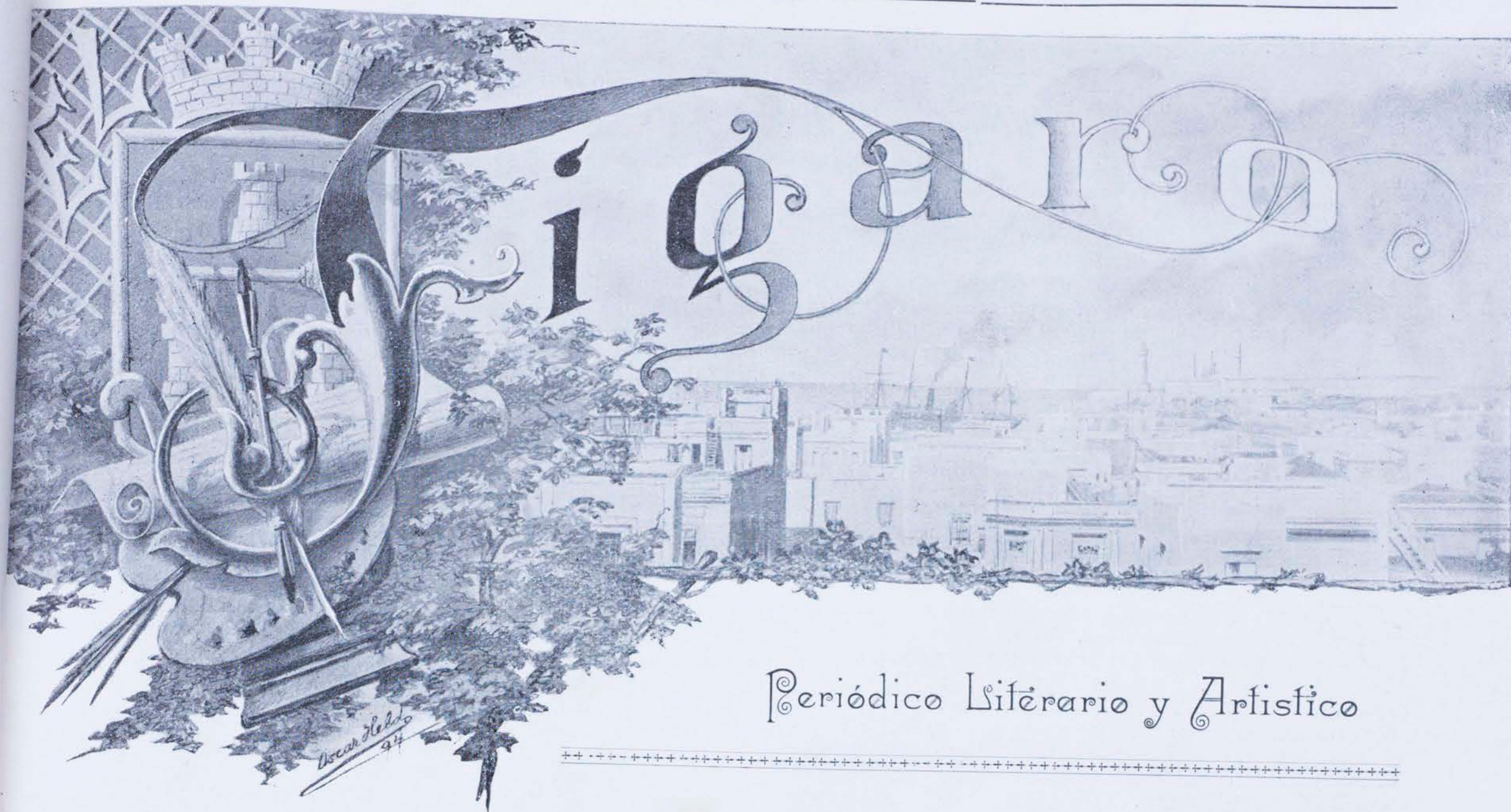
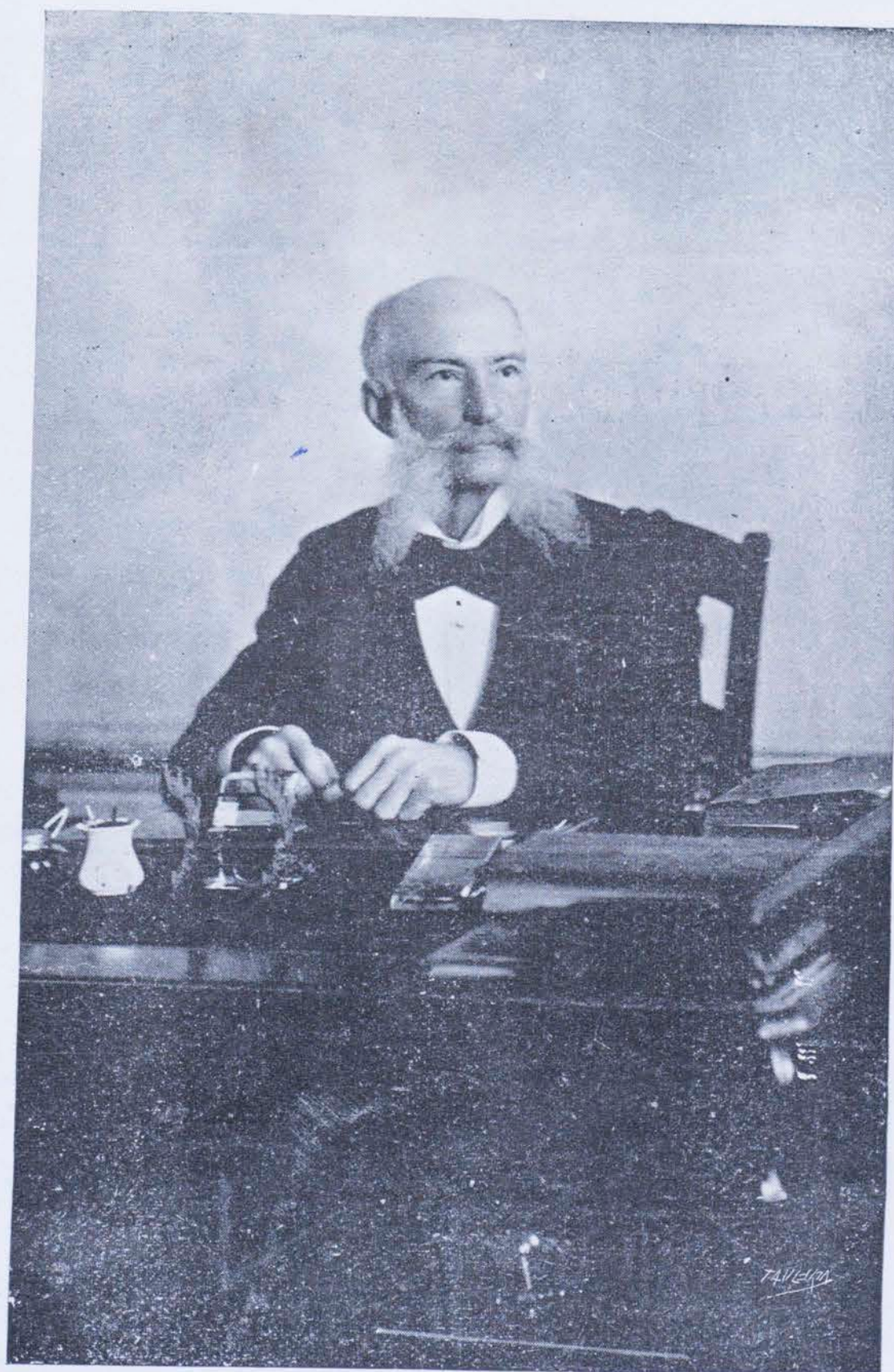




Periódico Literario y Artístico



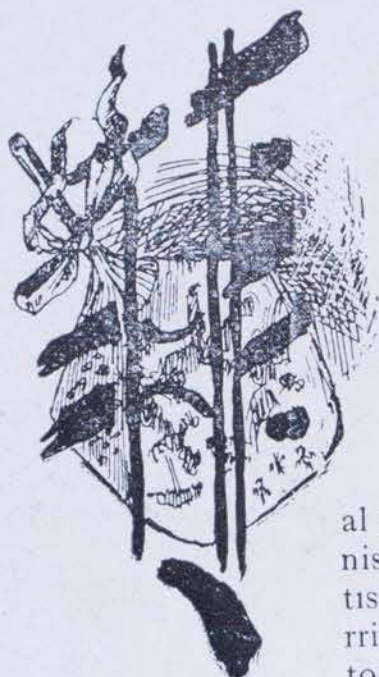
HEMEROTECA  
RESERVA

JOSÉ MARÍA GÁLVEZ  
*Presidente de la Junta Central del Partido Autonomista*

87

## Un traductor de Heredia

Onorate l'altissimo Poeta:  
L'ombra sua torna.



AY también modas literarias. Está en la naturaleza de la vida social, que impone sus reglas á los conceptos y á las producciones artísticas. En nuestro siglo han cambiado mucho esas modas, como las demás. Vivimos más cerca unos de otros y más de prisa. La poca originalidad que alguno logra demostrar se copia fácilmente, y luego se tira por centenas y centenas de ejemplares. En las dos últimas décadas hemos pasado vertiginosamente del naturalismo al simbolismo, al decadentismo, al iluminismo, al misticismo, al ocultismo, al exotismo y á todos los otros matices del ubérrimo *snobismo* á que se reducen al cabo todos estos cenáculos ó corrillos de originales de oficio.

Naturalmente es fácil cambiar el corte del traje; lo difícil sería cambiar la estampa del cuerpo. Todas esas ruidosas evoluciones literarias se reducen á la postre á toques y retoques en el estilo, que es el traje. Los pensamientos, que son el cuerpo, no se prestan con tanta facilidad á las innovaciones. Aquí es más fácil dar en la extravagancia, que alcanzar la originalidad. Lo que abre de veras nuevos surcos al pensamiento es la ciencia paciente y perseverante. Y con ella parece que no quieren nada los modernistas de pacotilla.

Sin embargo no carecen de utilidad las modas artísticas, aún las menos racionales. Sirven de piedra de toque para apreciar la excelencia de las obras viejas. La tiranía del gusto reinante es tal, que los mismos que reniegan de ella la sufren á su pesar y sin darse clara cuenta. Por eso, cuando vemos alzarse una obra de otra edad por encima de las producciones coetáneas, y deleitar ó sorprender, á pesar de su forma un poco ó un mucho anticuada, podemos aseverar que su mérito trasciende de la superficie y arraiga en lo más hondo del sentimiento estético. El autor ha hecho vibrar algunas de las notas fundamentales del espíritu humano.

De muy lejos, de las antiguas aulas de la Universidad de Padua, nos llega una voz simpática que repite en sonoros versos toscanos las estrofas vibrantes en que el gran Heredia cantó su pasmo ante la majestad estruendosa del Niágara, el vuelo de su espíritu enfervorizado y la vuelta melancólica sobre sí mismo, que termina en la visión profética de la apoteosis de su genio.

Setenta años después de escritos los versos admirables del poeta cubano, en medio de una revolución completa de la forma literaria, entran en el caudal de una de las grandes literaturas occidentales; y entran con su mismo aspecto, con la misma factura en la versificación y estilo, tal como hubiera podido escribirlos su autor insigne en la lengua, que tanto amó, de Foscolo y Alfieri.

No sé de otro homenaje, que hubiera podido serle más grato. Sus versos, estos mismos versos, se han traducido al inglés. La prosa elegante de Villemain pudo dar una pálida idea de ellos á los franceses, sin la magia del ritmo, ni el color de la lengua original. Pero el traductor italiano, el signor E. Tezza, ha logrado seguir tan de cerca las huellas de nuestro poeta; el parentesco de los dos idiomas y la identidad de versificación lo han favorecido tanto en su empeño, que en realidad su obra produce ilusión completa, y casi parece que se están leyendo los versos originales. Es Heredia cantando en italiano y no en español:

ma del mar la fierezza  
qui nel profondo non mi commovea  
come la tua grandezza.

Voce umana descrivere potrà  
della sirte ruggente  
la terribile faccia?

Ma che mai cerca in te lo sguardo anelo?  
e perché non discerne  
d'intorno a quelle immense tue caverne  
ombrese palme alzar le braccia al cielo?  
Le palme belle che la patria mia  
dona al riso del sole, e, in lungo piano,  
via per l'etra purissimo, le agita  
sempre il soffio gentil dell'oceano.

Ché palme e mirti e delicate rose  
solo molle piacer é ispiran pigro  
ozio in vago giardino; a te compose  
altri doni e più belli amica sorte.  
A te libero petto,  
il generoso e il forte,  
e s'accosta, e ti mira, e si spaventa;  
più alto vola e l'umile diletto  
dispregia, solo che'l tuo nome senta.  
Iddio di verità, superno Iddio!  
infami, superstiziose mostri  
bestemmiar, nei climi altri dai nostri,  
l'errore dispargendo, ben vid'io  
il tuo nome, il tuo nome sacrosanto;  
ed i campi inondar di sangue e pianto,  
i fratelli incitando a infanda guerra,  
e desolar frenetici la terra (1).

He transcrito estos versos, para que se advierta la singular fidelidad que ha podido emplear el *vulgarizador*; no porque sean los mejores, ni donde quedan vencidas con más gallardía las muchas dificultades del original. Toda la obra está calcada del mismo modo sobre los versos maravillosos de nuestro gran poeta. Se respira en la versión italiana el mismo ambiente literario de la época del poeta cubano. Parece hecha en sus días. Sin embargo no habrá espíritu sensible á las bellezas de orden supremo, que no se sienta dominado por el cuadro portentoso que ha transcrito el traductor, por el raudal de férvida poesía que lo anima y los rasgos patéticos que lo salpican, y descubren el alma impetuosa y tierna del bardo errante de Cuba cautiva. Todo lo que tiene de convencional el gusto adquirido en la lectura más frecuente de los escritores coetáneos cede, y deja el campo, cuando habla así la poesía eternamente joven por los labios de un poeta inmortal.

Los compatriotas del cantor sublime del Niágara debemos tributo de gratitud al docto literato italiano, que, en medio de sus graves tareas de orientalista y filósofo, emplea su talento flexible en hacer que revivan los versos de Heredia en la lengua poética por excelencia, la lengua en que tronó Dante y arrulló Petrarca.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

## Pasado y presente

A MI ESPOSO.

Tuve alborada de sin par ventura  
En que el sol de los ojos maternos  
Me alumbró de la vida los umbrales,  
Que hollé con infantil desenvoltura.

Vino la tarde ¡oh Dios! mi planta pura  
Abrasaron ardientes arenales;  
Cual único remedio de mis males  
Esperaba la horrenda sepultura.

Ennegrecióse aun más mi cielo triste.  
Ya en mi noche de helada indiferencia  
Eranme igual la gloria ó el infierno.

Del olvido entre sombras tal me viste,  
Y me has dado feliz, nueva existencia,  
Que ilumina tu amor con rayo eterno!

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ.

Puerto Príncipe, 10 Agosto, 1874. — (INÉDITA).

## NUEVO DIBUJANTE

Nuestro distinguido compañero Manuel Moré (*M. Remo*) se ha revelado dibujante original y correcto, en los preciosos dibujos que acompañan á su donoso artículo *El movimiento urbano*, que verán nuestros lectores en otro lugar del presente número.

En nuestro limitado horizonte artístico debe ser recibido con palmas la aparición de cualquier elemento que contribuya á darle amplitud y brillantez, por lo que nos congratulamos en aplaudir con efusión las primicias del lápiz de nuestro queridísimo compañero, máxime cuando encontramos en ellas gérmenes que al adquirir su completo desarrollo con la práctica y observación, han de ser, á no dudarlo, obras acabadas.

Tenemos en nuestro poder otras muestras originales y felices del lapiz de *M. Remo* que iremos dando á conocer en números sucesivos.

(1) *I Niágara. Ode di G. M. HEREDIA. Volgarizzata da E. TEZZA. Padova, 1895.*

## Manuel M. Coronado

Joven—es decir sin larga historia—y bien relacionado entre nosotros—es decir muy conocido—poco tendremos que escribir de D. Manuel M<sup>a</sup> Coronado para completar la presentación que de él, por medio de su retrato, hacemos á nuestros suscriptores.

Abogado de talento, hacendado, consejero del gobierno de la Región Central, miembro de la Económica: su posición social es excelente. Pero parece que las ocupaciones que derivan de semejantes títulos y cargos no eran bastantes para agotar la actividad de su espíritu, y hace poco—como es sabido—entró en calidad de socio en la empresa de *La Discusión*, asumiendo la dirección política del diario que con tanto acierto acababa de desempeñar el señor Morán, que á su vez había sucedido al malogrado Santos Villa, fundador inolvidable de esa hoja, hoy una de las más populares de las que se imprimen en la Habana.

El nuevo Director no ha tenido necesidad de modificar el carácter del periódico. *La Discusión* continúa siendo el diario liberal por excelencia, libre de todo compromiso de partido y por lo mismo franco é imparcial, y sigue siendo la gran *informadora* de antes. Estamos seguros de que la nueva dirección sabrá mantenerla en tal altura, ya que posee ánimo templado, ilustración y patriotismo, prendas siempre estimabilísimas: indispensables en los confusos y dolorosos días que atravesamos.

## Raoul J. Cay

Damos bienvenida muy cordial á este queridísimo amigo, cronista que fué de *EL FIGARO*, escritor de nota cuya firma no hemos cesado de ver en periódicos mejicanos y de esta Isla.

Viene de Méjico, en donde se le quiere como aquí y á donde pronto regresará. Aquí hallará de fijo las simpatías que dejó, y entre ellas las de *EL FIGARO*, que lo saluda con especial cariño.



DON MANUEL M. CORONADO

## \* LOCURAS \*

III

Por experiencia sé, Juan Regalado, que en este mundo ruin, torpe, mezquino, se oye más el rebuzno de un pollino que la noble verdad de un hombre honrado. Y es que, naturaleza, ó por torcida hechura, ó por torpeza, ó por ser en extremo maliciosa, todo, hasta el puro amor, convierte en prosa y nos halla propicios á escuchar la falsía y los engaños y á censurar los vicios, . . . no los que nos dominan: los extraños. Por eso, amigo Juan, es conveniente, si deseas vivir tranquilamente con esta humanidad, de esclavos llena, estar siempre en escena declamando un papel, á todas miras lleno de falsedades y mentiras. Quiero decir, con *ánimo sereno*, para evitar censuras y algún palo te debes apropiiar todo lo bueno, dejando á los demás todo lo malo. Compra un poco de audacia y de cinismo, nómbrate pregonero de tí mismo, y donde quiera que el azar te meta no dejes en reposo la trompeta. Verás que bien te vá: si eres un tonto, como hay tantos, tantísimos mayores, ya te elevarán pronto

colmándote de gracias y favores; si eres pillo, mejor; en ese caso tal vez sin la trompeta te abras paso; mas si eres un soberbio rocinante, rebuzna á tu tiplén: eso es bastante. Claro el asunto, fácil la manera; en todas ocasiones, si quieres alcanzar un bien cualquiera, disfrazas tus instintos y aficiones. Nunca te manifiestes tal cual eres, al tratar, sobre todo, con mujeres, porque ellas, todo el año, confunden la verdad con el engaño, y si grandes embustes les aprontas se desharán por tí como unas tontas. Palabras y apariencias: "Nena mía," "Corderito pascual," "miel," "ambrosía" "chinita" por arriba y por abajo, poca vergüenza, mucho desparpajo, sazonado con lúbricos danzones; . . . y vivan los amantes corazones dignos de Matagás y Sotolongo, porque cifran sus dichas y venturas en dulces apreturas á compás de la música del Congo, y en palabras vacías de sentido de cualquier tenoruelo corrompido. ¿Sincero? . . . Nunca: viéranse mis ojos llorar de celos y morir de enojos

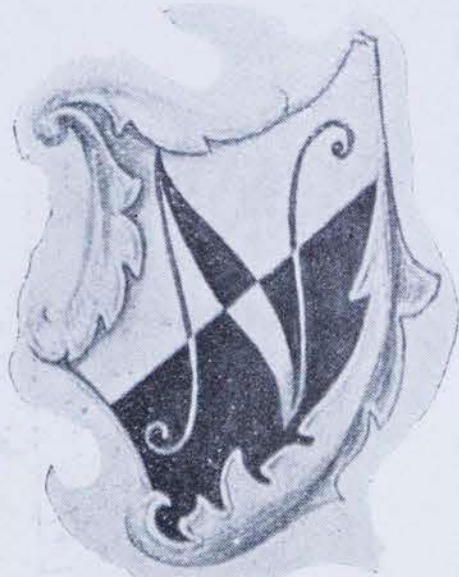
(*"Si la mentira te da mejores resultados que la verdad, te aconsejo que mientas"*)

primero que incurrir en el pecado de hacer un papel necio, por lo honrado. ¿Amor deseas? Finge, finge mucho, que la sinceridad la dicha trunca. Ya lo sabes, buen Juan, no seas machucho, y logra así el amor, y no ames nunca, que en la feria del mundo . . . y de Valverde, quien más pone más pierde. Entro en atribuciones de los viejos dándote estos consejos; pero yo te los doy porque presumo que empiezas á vivir, y triste fuera que vieras disiparse como el humo tus esperanzas y tu fe soñada, "cuando la vida entera se contempla á la luz de una mirada." Yo he querido, y yo amé: nobles afectos que han matado á conciencia, porque nunca he tenido la prudencia de ofrecerlos con trabas y defectos. Y predico, es verdad: mas ni un segundo me disfrazo con sedas y oropeles; en la nobleza mi nobleza fundo y en no admitir jamás falsos papeles en las torpes comedias de este mundo. Pero, si quieres ser feliz y honrado, no hagas lo que hago yo, Juan Regalado.

CARLOS CIAÑO.

# \* La locura endémica \*

AL DOCTOR TAMAYO



Lleva su aristocrática calva y su barba blanquísima y cuidada. Con orgullo, tal vez convencido de que mientras tanto brille el fuego de sus inteligentes y expresivos ojos en aquel rostro franco y simpático y no se declaren en rebel-  
día los ratonescos dientes, no han de robar las canas un solo triunfo a su pro-  
pietario.

—¿Y á dónde bueno, querido doctor?—le pregunté estrechando su mano.—  
—Viene Vd., acaso, á estudiar nuestra flora? —Oh! es digna de estudio, cier-  
tamente, y sobre todo, bien poco conocida....

—Le confieso á Vd.,—me respondió el doctor Brionía sonriendo,—que sin  
dejar de reconocer la riqueza inexplorada que representa para la farmacopea  
la flora tropical, no vengo atraído por su renombre. He atravesado el Atlán-  
tico....

—Vamos—completé—por mera curiosidad; como *touriste*....  
—Tampoco así, amigo mío: aun cuando no soy un pobre, no tengo sufi-  
cientes rentas para viajar por gusto....

—Pues ¿entonces?—pregunté ya interesado.—Porque recuerdo perfecta-  
mente que carece Vd. de afecciones en el nuevo mundo....

—Pues se ha equivocado Vd. de medio á medio—repuso el doctor al pro-  
pio tiempo que ocupaba frente á mí un asiento en el café de Inglaterra,—mis  
afecciones están diseminadas por todo el mundo. ¿Dónde no tiene amigos  
queridos el médico? Solamente allí donde no haya enfermos y ¡ay! desgra-  
ciadamente, la enfermedad ha invadido y posee pacíficamente las cinco par-  
tes del mundo descubiertas y aún, supongo, que también aquellas por descu-  
brir, si es que existen.

—Vaya, lo celebro: piensa Vd. establecerse entre nosotros.... Caso ex-  
traño, porque quien como el doctor Brionía cuenta con selecta y numerosa  
clientela en Francfort, parecía natural que no se lanzara á empresas arries-  
gadas, en país extraño, en uno, precisamente, que cuenta los médicos por  
cientos....

—Lo sé, lo sé perfectamente y sé más; sé que en Cuba hay no sólo muchos  
médicos, sino muchos médicos notables cuyos nombres no son desconocidos  
en Europa. Pero pierda Vd. cuidado, amigo mío,—añadió mi doctor son-  
riendo y preparando á la vez con gran delicadeza un *Madera-Champagne*—  
abrigo la seguridad de llevarme muy bien con todos ellos y de no tener en  
mi profesión un solo competidor, por la sencilla razón de que.... mi espe-  
cialidad es una verdadera especialidad; una especialidad en la más lata acep-  
ción y mi tratamiento.... especial también y propio.

Quedéme algunos instantes pensativo. Un tratamiento especial.... único  
propio.... ¿cuál podía ser?... Mi amor propio llegó á sublevarse. En Cu-  
ba lo hay todo, desde la homeopatía, hasta su contraria la alopatía: trata-  
miento eléctrico, homeopático, dosimétrico.... masaje, hidroterapia....  
¿qué más?... especialistas en las enfermedades nerviosas, oculistas eminen-  
tes, patólogos insígnies, cirujanos notables, ginecólogos, alienistas.... Rai-  
mundo de Castro, Desvernine, Tamayo, Hortsman, Menocal, Plasencia, San-  
tos Fernández, Aróstegui.... ¿A qué seguir? Una facultad de renombre le-  
gítimo; una academia de ilustraciones en todos los ramos del arte de curar.  
¿Qué mil demonios de especialidades cultivaría el doctor alemán?....

—Sí,—dijo á este punto el doctor Brionía—supongo todo el proceso men-  
tal que han venido á desarrollar en Vd. mis últimas palabras. Es un distinti-  
vo de la raza esa curiosidad femenil de los hombres serios y también, ¿por  
qué no decirlo? un caso de mi especial tratamiento. Pero en fin—continuó—  
no quiero mantener por más tiempo en tensión esos nervios: mi especialidad  
es.... la locura de los cuerdos....

—Eh!.... ¿qué es esto?—pensé.—Que Dios me perdone si el doctor Brionía  
no es el más gracioso loco del mundo. Especialista en la locura de los cuer-  
dos! ¿Pero es que un cuerdo puede estar loco al mismo tiempo?... Pues si  
está loco ya no es cuerdo, ó este buen doctor ha perdido la chaveta en fuer-  
za de su frecuente trato con locos en los manicomios alemanes....

—Pues señor: no lo entiendo,—exclamé en alta voz mirando á mi viejo  
amigo con aire preocupado.—Si Vd. no me explica....

—Le explicaré. Mi tratamiento sólo se aplica á los cuerdos; mejor dicho:  
á los que creen estar cuerdos. En eso estriba mi especialidad. Curar á un  
loco, después de conocida su locura, no es cosa del otro jueves: lo difícil, lo  
verdaderamente notable es curar á una persona en su cabal juicio.... á ju-  
icio de los demás cuerdos que los rodean.

Y el doctor Brionía, después de apurar su copa de *Madera*, continuó:  
Hace algunos años que llegó á mi clínica alienista de Francfort un rumor  
el más á propósito para tentar la curiosidad científica de un médico, que es  
otra curiosidad muy diferente—añadió sonriendo con malicia—de la curiosi-  
dad femenil de que hablábamos hace poco. Afirmábase que bajo el trópico,  
se experimentaban de antiguo evidentes síntomas de una locura extraña cu-  
yos fenómenos eran fáciles de apreciar á simple vista, por el extranjero, por el  
observador educado fuera de aquel medio, pero que pasaban completamente  
inadvertidos para cuantos en él vivían durante algunos años. Venía á ser esa  
afección de carácter endémico, como la locura de los cuerdos, la vesanía de  
las personas en todo su juicio.... vuelvo á decir, en todo su juicio dentro de  
una sociedad de locos; pero locos de remate en una sociedad de cuerdos.

Yo escuchaba al doctor con tamaño boca abierta. Empezaba á ver claro y  
¡oh dolor! empezaba á comprender, también, que el doctor Brionía era un  
hombre juicioso.

—No hace ocho días—siguió diciendo éste—ocho días escasos que estudio

esta sociedad ultramarina que (sinceramente lo confieso) me es altamente  
simpática, y ya he podido comprobar por mí mismo la existencia de esa lo-  
cura endémica, de cuyo contagio procuraré librarme, extremando las pre-  
cauciones.

Creí, en un principio, que no se trataba de la locura, propiamente dicha,  
sino bien de la imbecilidad, de la neurosis tonta, de la mentecatez por des-  
sino bien de la imbecilidad, de la neurosis tonta, de la mentecatez por des-  
gaste nervioso; pero me he convencido al fin que no es nada de eso, que se  
trata de la locura perfectamente definida, de la privación del juicio, con sus  
períodos de exaltación, de calma y de lucidez, estados que se manifiestan en  
este pueblo lo mismo en la obra individual que en el producto de las activi-  
dades generales. El proceso puede seguirse fácilmente con la mera observa-  
ción: tan es así que en los breves días que llevo de residencia en Cuba, he  
podido, aproximadamente, sacar este resumen: toda esta sociedad se compo-  
ne de desequilibrados; de ellos una quinta parte emplea, su fuerza nerviosa  
en beneficio propio. Estos son los más cuerdos. Las cuatro quintas partes  
restantes, la desperdician malamente, sin utilidad, como bajo la acción de un  
delirio constante que los sacude, produciendo la animación artificial, la falsa  
actividad que se nota en los manicomios.

—Pero bien:—repuse—yo quisiera hechos, hechos concretos para formar  
juicio....

—¡Oh!.... esa sería tarea muy larga, además de que va á ser precisamen-  
te, ese, mi campo de cultivo. Confórmese Vd. por ahora con esa gran sínte-  
sis. El análisis.... el análisis ya tendrá Vd. más tarde ocasión de conocerlo.  
Sin embargo, podría decir á Vd. algo sobre hechos comunes.... generales.  
.... de simple observación superficial.... por ejemplo el de la decisiva in-  
fluencia en este pueblo de los elementos menos ilustrados, ó el del bárbaro  
consumo de alcohol en un clima de fuego en que los organismos están pro-  
pensos á la congestión ó el de los hombres ricos que hacen la vida de obre-  
ros ó.... pero reparo—dijo á este punto el doctor Brionía, llamando al mo-  
zo con una seña—que tengo un buen madrugón para mañana y debo reco-  
germe. ¡Adiós!.... adiós—dijo levantándose—confío en que nos veremos  
pronto.

Y mi viejo doctor, estrechándome la mano, tomó la acera en dirección al  
Hotel Inglaterra.

Pasados algunos días y cuando empezaba á olvidarme del alienista alemán  
y de sus singulares apreciaciones respecto de este país, llamó mi atención el  
siguiente anuncio que publicaba en la primera plana un periódico de la tarde:

DR. BRIONÍA

—De las facultades de Francfort, Berlín y Londres—

ESPECIALISTA EN LA LOCURA DE LOS CUERDOS

Ambición ridícula,

Afán de figurar,

Ricos-pobres,

Exhibición de los brutos,

Viejos verdes,

Jóvenes mentecatos,

Discursomanía,

Tontos serios.

TRATAMIENTO ORIGINAL SIN APLICACIONES HIDROTEKÁPICAS

No se admiten locos

Consulta diaria á todas horas.—Chalet "Turingia", Tulipán.—Habana

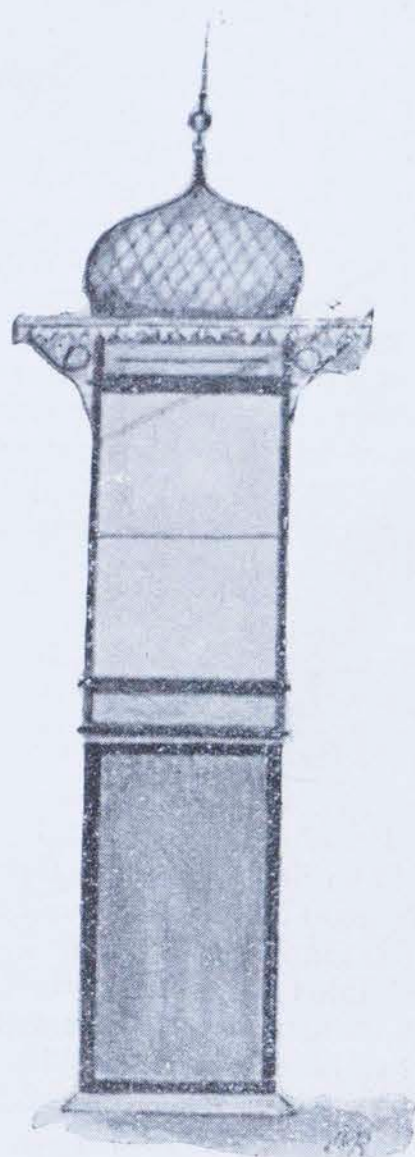
PAGOS ADELANTADOS

ALVARO DE LA IGLESIA.



RUINAS BAYAMESAS

## \* El movimiento urbano \*



Y es lo cierto, que en las grandes capitales todo es movimiento. Se mueven los cuerpos, se conmueven los espíritus, se remueven las pasiones, el fondo y la superficie de las cosas; se agitan los *sables*, hacen sus evoluciones los *planetas*, se revuelven los *brujas*, y, hasta los incapacitados para el movimiento, procuran moverse, espolcados por la necesidad imperiosa de luchar por la existencia.

Después de este preámbulo tan movedizo, pensarán ustedes que voy a ocuparme del ciclismo, el más móvil de los *sports*. Nada de eso, las bicicletas van demasiado aprisa y se pierden de vista al volver una esquina.

En cambio, algo encontramos ahora en muchas esquinas, algo perfectamente inamovible, — siempre que no lo trasladen á otra parte — y que, créanlo ustedes, es una resultante necesaria del movimiento á que me refiero.

Refiérome á los nuevos kioscos y mingitorios escalonados en los lugares más estratégicos de la ciudad, á juicio, no cabe du-

da, de personas competentes en la materia.

En cuanto al kiosco diré, que es un intruso, una cantina colocada en la vía pública. ¡Cualquiera diría que ya no queda una casa en la Habana donde poder abrir un café!

No así el mingitorio. Este es simpático, higiénico, útil; su aparición era urgentísima, se imponía. El mingitorio es el *chico* legítimo del movimiento callejero.

Con los mingitorios la Habana se higieniza, se moderniza. ¡Algún día habrían de caer los Padres del Pueblo en la cuenta de que los habitantes de una gran ciudad tienen pequeñas necesidades como cualquier hijo de vecino.

La capital se extiende día por día, la circulación aumenta, las distancias se hacen más largas y, en ciertos casos, un mingitorio resulta una bendición del Cielo.

El gran consumo de lager y de ginebra — vuelvo á hablar de los kioscos — exigía, asimismo, nuevas brechas por donde dar salida á esos brebajes que superabundantemente confeccionan nuestros alambiques tropicales.

Viene el kiosco, pues, á llenar, de cierta manera, una necesidad. Después de una larga caminata es un gusto meterse un candagazo en plena plaza, y sin entrar en ninguna parte.

Luego, si el mingitorio, como he dicho, en ciertos casos resulta una bendición, el kiosco en casos *homogéneos* viene á ser un *refugium peccatorum*.

¡Oh el movimiento! ¡Cuántas cosas útiles nos ha traído el movimiento urbano! ¡Cuántos disgustos se han evitado con los nuevos aparatos de que hablamos, digo, y con las escabrosidades de nuestras calles, y los tumbos que dan los peseteros y las guaguas, tumbos capaces de dislocarle las vértebras á una armadura de acero y de revolverle las tripas al estómago mejor organizado!

Kioscos y mingitorios le dan á la ciudad cierto aspecto risueño, como de nacimiento improvisado, un aspecto más refinado y decente, hasta el punto, que ya poco les quedará que añadir sobre nuestra cultura á esos extranjeros de países extraños á quienes el frío saca todos los años de sus casillas.

¡Cuando yo pienso que había lugares donde tropezaba uno con... vamos, había que decir que aquello era el colmo de los desahogos!

Convenimos ¿estamos? en que los kioscos y los mingitorios son primos carnales como quien dice. Hay entre ellos, sin embargo,

una diferencia muy notable: en los unos corre el agua, en los otros el aguardiente.

Y esto último es grave, sí, todos los autores están conformes en que el más alarmante de los movimientos es el movimiento alcohólico, todos opinan que, al trote que vamos, la humanidad, muy pronto, ha de perecer por combustión espontánea.

¡Ojo con los kioscos! ¡No aticemos el fuego!

Cada kiosco es un bebedero más.

Hay que contenerse caballeros, y no digo comprimirse por que, al hacerlo, muchos echarían alcohol hasta por los poros del chaleco, digo, de la piel; hay que contenerse, que es mucho el movimiento en mostradores y cantinas. ¿Qué dirían nuestros abuelos? ¿Qué van á decir, en su día, nuestros nietos?

Y esto otro: si cada hombre se convierte en una caneca ambulante ¿qué esperanza les quedará á aquellos seres que pretenden llegar á ser el igual del hombre?

Ya me parece estar viendo á uno de esos seres, delicado y bello, acercarse al peligroso *muelle* y decir con desparpajo:

—Un mil ochocientos, chico, que siento que se me baja la temperatura.

No obstante, es sabido, que hay hombres que sólo gustan de tomar huevos pasados. Estoy seguro de que, llegado el caso, á ellos únicamente imitarían nuestros futuros iguales.

Tengamos fe en el porvenir. No es posible que esta sociedad continúe navegando por mares tan espirituosos y espumosos. Una regresión tiene de venir. Observad las señales de los tiempos. Ya, por todas partes y á todas horas, se oyen desaforados gritos de ¡Agua! ¡Agua!

Sí, ¡Agua! ¡Agua! y aquí sí que encaja aquello de *vox populi vox dei*. No nos desanimesmos, todo depende de la buena voluntad. Todo varía, todo se transforma en ese continuo mover objeto de mi tesis. Aquello que parecía más difícil y estupendo, concluye, á la postre, por ser fácil y hacedero. ¿Quién nos hubiera garantizado, no há mucho, la decadencia de la camiseta elástica con vistas al exterior? ¿Quién se hubiera atrevido, en otro tiempo, á recomendar la sobriedad en el uso de las palabrotas, tan en boga por estos vericuetos? ¿Quién á prevenir á los propietarios á que laven la cara á sus productivos inmuebles? ¿Quién?

Al llegar á este punto, asáitame una duda. Si la última de estas medidas procede y se aplaude no menos que las otras, procedente y archiplausible es obligar, también, á ciertos individuos á quienes se les señala como ricos, á que usen el jabón y el estropajo y se muden de ropa una vez al mes siquiera. Entiendo que sí.

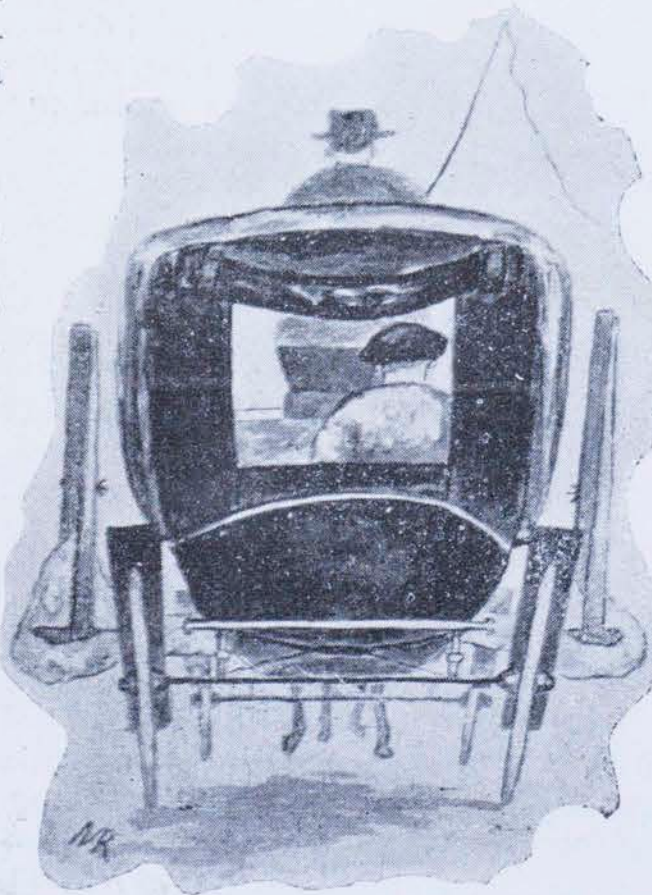
¿Qué derecho alegarían estas gentes para andar hechos unos adanes? ¿El de gentes? No, porque son unos tipos. ¿El de *habeas corpus*? Tampoco, le desconocen. ¿Dirían, acaso, que les falta el tiempo para asearse por estar siempre en continuo movimiento?

¡No se mojan!... aunque les griten: ¡Agua!

Sobre todo el aseo. Sin él, todos los movimientos son odiosos y repulsivos, lo mismo el movimiento intelectual que el material, lo mismo el literario que el económico; sin el aseo, no lo dudeis, se rechazaría hasta el más seductor y atrayente de todos los movimientos, que, como ustedes comprenderán, lo es, sin disputa, el movimiento femenino, más pronunciado cada día.

Dibujos del mismo.

M. REMO.



## LA JUNTA CENTRAL

EL FIGARO tiene hoy especialísimo gusto en ofrecer al público cubano los retratos, en grupo, de la Junta Central del Partido Autonomista y el retrato aparte de su dignísimo Presidente, don José María Gálvez. No sólo da así, como revista de información que es, su nota de actualidad, sino que también, y sobre todo, rinde de esa manera tributo de respeto á ese cuerpo de cubanos distinguidos.

Ocioso fuera recordar aquí los servicios eminentes, prestados al país por el partido autonomista: esa historia, por dilatada que sea ya, está bien viva en la memoria y en el corazón de todos. Pero sí cumple poner de relieve la actitud enérgica que ha asumido el partido, representado por su Junta, en las presentes angustiosísimas circunstancias.

Por impulso propio, movida de convicciones que nadie creyera tan arraigadas, la Junta, desde el primer instante del alzamiento armado, púsose unánime y resueltamente del lado de la paz, y lo ha hecho de modo tan sincero, que se ha impuesto á aquellos mismos á quienes quince años de protestas no habían

logrado convencer de que el autonomismo no era sino lo que decía ser: una solución española definitiva.

Faltan algunos—no pocos—en el prestigioso grupo. De los que están ni de los que faltan diremos más sino que el público repase sus nombres en la memoria, y verá que no hay uno solo que no tenga significación—algunos la tienen capital—en nuestra cultura.

Del ilustre Presidente del partido sí diremos—aunque huelgue también el encomio—que merece en absoluto la satisfacción que hoy experimenta de ver su nombre respetado y su voluntad atendida donde quiera, aun en las altas esferas gubernamentales. Su clarísimo talento, su desinterés, su patriotismo, el poder de su palabra y el atractivo de su venerable figura, son una verdadera fuerza que se emplea en el bien común; y nada debe serle tan grato, en medio de las luchas y las penas, como el testimonio, que seguramente le dan, de que su conducta es noble, los suyos, los extraños y su propia conciencia.

## Sinfonía . en . blanco . mayor



En ven sobre el viejo Rhin, según refieren los cuentos del Norte, mujeres cisnes que nadan cerca de las orillas, haciendo ondular sus blancos cuellos; ó bien, suspendiendo de una rama su ropaje de plumas, hacen relucir su epidermis más blanca que la nieve de su vestidura.

Entre estas mujeres hay una, que viene, de tiempo en tiempo, hacia nosotros, blanca como un rayo de luna que se quiebra en un ventisquero, bajo los cielos invernales.

Su seno, esfera de nieve que invita á la vista, embriagada de su blancura boreal, á caricias de carne nacarada, á deleites de blancura, sostiene combates insolentes contra las camelias blancas y el raso blanco de su veste.

En estas grandes batallas, flores y vestiduras quedan vencidas y sin osar al desquite, tórnanse amarillosas como la envidia.

Sobre las blancuras de sus hombros, grano de Paros deslumbrador, resbala, como en una noche de los polos, una escarcha invisible.

¿Con qué fragmento de nieve virgen, con qué médula de rosas, con qué hostia y con qué cera se ha hecho la blancura de su piel?

¿Se ha desprendido la gota láctea que tachona el azul de un

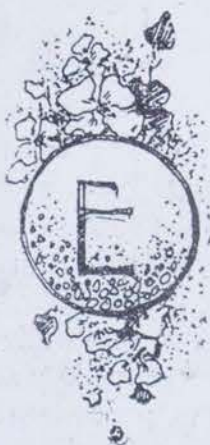
cielo de invierno; el lirio de pétalo plateado; la espuma del mar; el mármol blanco, carne fría y pálida en donde alientan las divinidades; la plata mate; el ópalo lechoso que irisan vagas claridades; el marfil en donde corren sus manos aladas cual mariposas blancas que suspenden sus trémulos besos en la punta de sus débiles notas; el armiño, virgen de manchas, que para abrigar sus estremecimientos cubre con su blanca envoltura las espaldas y los blasones; el azogue, que cuaja flores fantásticas en los cristales de las vidrieras; los blancos encajes de los estantes, lágrimas de ondinas petrificadas en el aire; el oxiacanto que se dobla al peso de los blancos copos de sus flores; el alabastro donde la melancolía se recrea en encontrar reflejadas sus palideces; las blancas plumas de las palomas que al caer bañan de nieve los techos de la mansión feudal, y la estalactita que cae como una lágrima blanca del antro sombrío?

¿Viene con Serafita de la Groelandia ó de la Noruega? ¿Es la Madona de las nieves? ¿Es una esfinje blanca que el invierno cinceló para enterrarla después bajo sus avalanchas? ¿Es un guardián de los ventisqueros cubiertos de estrellas, que oculta dentro de su pecho blanco, congelados secretos?

Bajo la nieve en que tranquila descansas, ¿quién podrá fundir tu corazón? ¿Quién podrá encender en esta implacable blancura un tono sonrosado?

TEÓFILO GAUTIER.

## Los labios rojos



En el gabinete azul, lleno de objetos de arte y elegantemente amueblado, yace una mujer en el lecho empapado en sangre, con un puñal en el pecho hundido hasta el mango.

¿Quién asesinó aquella criatura tan joven y tan hermosa? ¿Quién no se apiadó de aquellos admirables cabellos de oro, de aquella diminuta boca y de aquel seno turgente, fresco como un lirio?

No era posible que alguien se atreviera á matar á aquella mujer.

Ella misma se había dado la muerte.

Traicionada, vendida, menospreció la existencia; y, sin que le vacilara el corazón, sin que le temblara la mano, aquel ser tan delicado y tan bello, toda frivolidad y ligereza, tuvo el invencible valor de herir su admirable carne con un puñal y apretar el acero con verdadera saña.

Ahora está muerta, ó, al menos, parece estarlo, según revelan la palidez de su frente y de sus labios.

Sin embargo, su cuerpo se agitaba todavía, aunque con penoso trabajo.

Incorpórase de pronto, notándose desde luego en sus grandes ojos—que tiene desmesuradamente abiertos—un aire de indignación y de extraordinaria sorpresa.

¿Vive quizás aquella desdichada? ¿El puñal no ha penetrado lo bastante en su pecho?

—¡Oh!—exclama la suicida con acento de cólera.—¡Sería horrible no morir!

Pero no tarda en tranquilizarse, comprendiendo que su herida es mortal de necesidad.

Si ha logrado incorporarse en el lecho, débese esto al espasmo supremo, porque su cabeza ha de caer en breve sobre la almohada, inerte para siempre.

No hay medio humano de que aquella mujer pueda salvarse.

La infeliz aprovecha su última mirada para contemplarse ante un espejo que hay en la alcoba, frente á la cama donde yace la moribunda.

¡Ah! ¡Cuán fea es una mujer en el momento de exhalar el último suspiro!

Lo más horrible es el aspecto de los labios, tan pálidos y tan mortecinos.

La suicida piensa en aquel momento, con rapidez inconcebible, que después de muerta entrarán gentes en la habitación, que la verán muy desmejorada y muy distinta de como la vieron en el Bosque de Bolonia, en los bailes y en las primeras representaciones de los teatros.

Y siente en el pecho el postrer suspiro; que pronto ahogará su garganta.

Todo vá á concluir. La infeliz se muere á toda prisa.

Pero, haciendo un esfuerzo heroico, moja uno de sus dedos en la sangre de su herida y temblando se lo pasa una y otra vez por los labios para teñírselos de púrpura.

Luego se sonríe satisfecha, al verse embellecida ante el espejo y cae sobre el lecho muerta, muerta de veras, con los labios rojos como la grana.

CATULE MÉNDES.

## El Arpa Hebrea

¿Y he de elevar mi canto  
si débil no responde al vivo aliento  
de juvenil encanto?  
¿Y he de esparcir al viento  
del arpa triste el dolorido acento?

No: que mi voz enciende  
el flamígero Uriel, que de victoria  
el himno santo extiende  
y he de cantar la gloria  
que viene á redimir la humana historia.

No ya un acento brota  
de un íntimo dolor. Del arpa hebrea  
haré vibrar la nota  
conque anunció á Judea  
de un Dios de paz la redentora idea!...

¡Cantemos en buen hora,  
y torne al corazón la dulce calma;  
la Musa inspiradora  
cifa la verde palma  
é inunde en vivo amor toda mi alma!

Venid, venid, poetas,  
y adornad vuestra lira melodiosa  
con nardos y violetas,  
y con tomillo y rosa,  
y esparza nuestra voz nueva gloriosa.

¡De gran triunfo es el día!  
¡Júbilo nuevo en Nazaret resuena!...  
Del seno de María  
ora abundante vena  
de luz, se esparce en la mansión de pena.

¿No oís alado coro  
que despliega sus cándidos cendales,  
y con arpas de oro  
anuncia á los mortales  
del Sumo Bien los goces celestiales?

Ved, ved como amanece  
el Sol que eclipsa al que los orbes dora;  
nuevo verdor florece  
que los prados colora,  
con los vívidos tintes que atesora.

Ya la paloma bebe  
del alba pura el matinal rocío;  
salta del nido leve,  
y con arrullo pío  
ensalza de la Luz el poderío.

La descarriada oveja  
ora mansa al redil torna sumisa,  
el agrio risco deja,  
porque al Pastor divisa  
que apacienta en la miel de su sonrisa.

El blanco corderillo  
trepa sin fatigarse los alcóres,  
y del rabel sencillito  
se escuchan los rumores,  
conque llama el Pastor su grey de amores.

Y las aves del cielo  
trémulas de emoción desconocida  
tienden el blando vuelo  
hacia donde es venida  
la esencia celestial de nueva vida.

¿No veis el astro hermoso  
que sorprende á los reales mensajeros  
de Mithra misterioso,  
señalar los senderos  
y de eterna salud los manaderos?

Mirad! ya se avecinan  
con regocijo hacia la cuna ondeante;  
la arada frente inclinan  
y del divino infante  
la gloria aclaman con fervor constante.

Sonó, sonó la hora  
que el Profeta en Chebar predijo un día...  
ya con nosotros mora  
el hijo de María,  
y despierta en el orbe la armonía!

¡Oh admirable grandeza  
del infinito amor! del hombre escudo  
serás, y la fiereza  
del enemigo rudo  
vendrá á vencer tu corazón desnudo.

El odio y la venganza  
extinguirá la voz de tu clemencia;  
y en tí, dulce confianza  
hallará la inocencia  
que abate el mundo con brutal violencia.

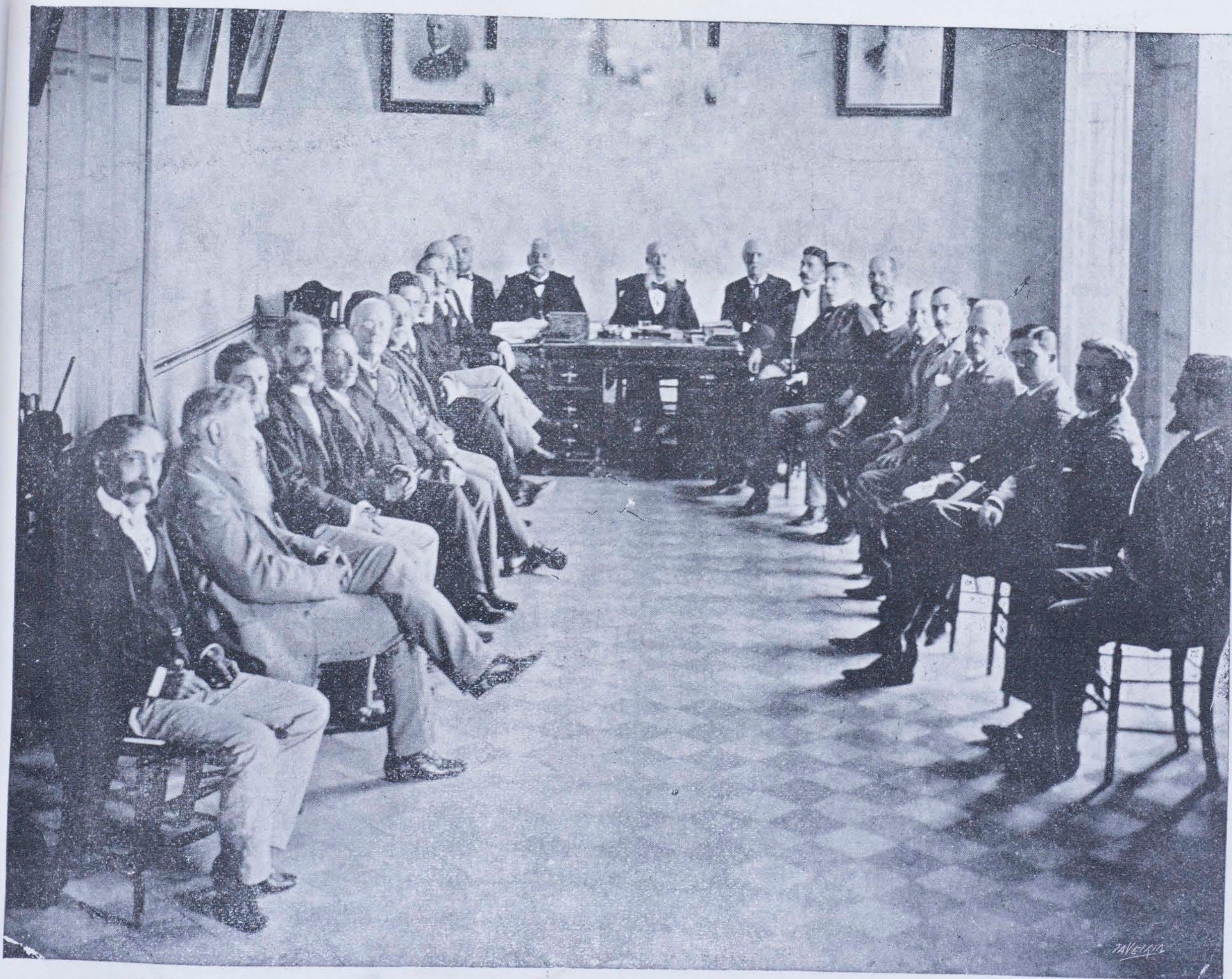
Y cesarán las penas...  
y enlazados los hombres como hermanos  
romperán las cadenas  
que con inicuas manos  
ataron á los siervos los tiranos.

Y no más tiempo esclava  
veréis á la mujer; si envilecida  
sufrió ominosa traba,  
ya con la frente erguida,  
de un espléndido albor nace á la vida!

Al Dios de las alturas  
dulce canto elevad, ofrenda pía;  
¡gozad las almas puras!  
ya conocéis la vía  
que al Sumo Amor y á la verdad nos guía.

Con júbilo fecundo  
resuene por el orbe nuestro acento,  
el angustiado mundo  
recobre nuevo aliento  
y trema de placer el firmamento.

LOLA RODRIGUEZ DE TIÓ.



JUNTA CENTRAL DEL PARTIDO AUTONOMISTA

## Consuelo Sánchez Mármol

Alfredo de Musset estaba equivocado. No bastan—como decía el poeta—seis días para hundir en el olvido una noticia cualquiera, porque siempre será nueva, producirá la misma doliente impresión si ella nos participa una de esas desgracias que hacen pensar, larga y hondamente, en el impenetrable misterio de las injusticias de la suerte.

No sé, no quiero saber los días transcurridos desde la muerte de Consuelo Sánchez Mármol, y ahora, en el momento de trazar estas líneas, hay en mi espíritu igual sentimiento de profunda pena é intenso duelo que el que se produjo en todo mi ser al recibir la tristísima noticia.

Error inmenso el que padecen todos los que creen que la pluma, en manos del periodista, no es más que instrumento para poner palabras. Por mí lo digo: nunca es más amarga la necesidad de decirlo, de contarlo todo, que cuando se tienen que narrar esos grandes espectáculos del dolor en los que el cariño, la simpatía y la piedad nos colocan como parte. La sublime heroína ponía su corazón dentro de los sobres que guardaban sus cartas pasionales; yo siento, á mi vez, que latidos dolorosos de mi alma vibran bajo la cuartilla en que la pluma se ve obligada á referir desgracias que debían estar destinadas á comentarse únicamente con lágrimas.

Pobre Consuelo!—Yo, habituado á cantarle en vida, no me resigno á la idea de entonarle ahora, en lugar de las risueñas canciones del elogio, las plañideras notas de la elegía. Es una idea fatal, cuya dura verdad al fin ha de mostrarme la más terrible de las realidades haciéndome acudir ante ese sombrío antro al cual cae en un instante, en un instante no más, todo lo que era un poema de juventud, de gracia, de delicadeza, de bondad y de dulzura.

Aun recuerdo la primera fiesta en que conocí á Consuelito Sánchez Mármol. Era una *matinée* del *Habana Yacht Club*, donde la ideal niña consiguió lo que después siguió consiguiendo en todas partes en que se presentaba: esto es, hacer destacar su gentil figura, alada y hechicera, y sentir revolotear en torno suyo las azules mariposas de la admiración.

A poco de esa fiesta, el retrato de Consuelito engalanaba una página de EL FÍGARO, y á nadie hubiera cedido la prerrogativa, que entonces pude gozar, de escribir la silueta de la encantadora y distinguidísima señorita poseedora por tanto tiempo de felicidades que habían de disiparse en la luctuosa tragedia de un momento.

Como una flor, se ha doblado sobre el tallo cuando más derechos tenía para brillar esa triste émula de Ofelia que vió siempre escrito su nombre en páginas de rosas.

Nombre que se esculpe sobre la losa de su tumba como la más cruel de las ironías, porque es la evocación de algo muy vago, de algo muy vaporoso que no llegará jamás al corazón de unos padres amantísimos que han sentido desaparecer de la vida toda dicha y toda alegría.

Tuvo frases de mi pluma á su entrada en el mundo; tenga también frases mías al ausentarse de la tierra. Con ellas, en la ofrenda antes y en el dolor ahora, el cronista ha acompañado á Consuelo Sánchez Mármol en un reinado de belleza digno de un ocaso más lejano.

E. F.



## Corazón de mujer.

AL POETA ABELARDO FARRES

I



GONIZABA el Duque.

La calle en que el aristócrata tenía su opulenta residencia, se había enarenado, con objeto de que el ruido de los coches no molestara al ilustre enfermo; la servidumbre con el rostro grave y triste, discurría por los salones del palacio, y en el anchuroso portal, se llenaban las listas con las firmas más acreditadas en la política y en el arte, en la aristocracia y en la ciencia.

En la confortable alcoba del paciente, la Duquesa sentada al lado del lecho del dolor, aprisionaba las manos del enfermo entre las suyas; el anciano ayuda de cámara lloraba silenciosamente, oculto por el tapiz de la puerta, y *Relámpago*, el noble perro de caza que había acompañado al Duque en sus largas excursiones cinegético-científicas, le miraba con ojos dulces y tristes. En segundo término, deudos y allegados contemplaban con recogimiento tan imponente escena.

II

El Duque se incorporó y dijo algunas palabras al oído de su esposa, que mandó despejar la habitación. Al poco rato regresaba á ella con el marqués de Lorenzález. El Duque le miró fijamente, y con un acento que tenía el vibrante tono de un clarín de combate, exclamó:—Marqués: si sois caballero, santificad ante el altar una afección que ha sido para mí de escándalo y ridículo. Después le señaló la puerta.

El Marqués, dominado por aquel acento, se retiró vacilante y conmovido.

III

El Duque, aproximando sus temblorosos labios al oído de la Duquesa, continuó:

—María: antes de morir, voy á explicaros el origen de mis largos viajes.

La Duquesa se estremeció.

—Recordaréis, María, que cuando regresé de mi largo viaje por Europa y América, mi ilustre padre, que el cielo guarde, me presentó á vos.—Antes os explicaré la escena habida entre ambos. Mi padre, me llamó á su despacho, y me interrogó: Luis Armando, ¿jamás á alguna mujer?

—Contesté negativamente.

—Pues bien, prosiguió; he pensado enlazaros á María Luisa Alvarez de Rojas, que como no ignoráis, es heredera del rico mar-

quesado que hoy disfrutan sus padres. María es bella, joven, virtuosa é ilustrada, ¿tenéis que hacer alguna objeción á mi deseo? —Ninguna, contesté respetuosamente. En nuestra casa, María, aun se conservan las antiguas prácticas nobiliarias, una de las cuales consiste en obedecer ciegamente todos los miembros de la familia, la menor indicación del jefe de ella. —Días después, se hacía mi presentación oficial en vuestro palacio.

## IV

Desde el primer momento, quedé locamente enamorado de vos, y aunque en algunas ocasiones sorprendí lágrimas en vuestros bellos ojos, lo atribuí al cambio natural de vida que se iba á operar en vuestras afecciones y sentimientos. Estaba demasiado enamorado para ser suspicaz.

¿Por qué no me dijisteis entonces, ¡oh María! que amábais al Marqués de Lorenzález? ¿Me creísteis tan poco caballero que no atendiera á vuestra súplica tres veces sagrada por ser de mujer, hermosa y enamorada? ¿Por qué no me hicisteis entonces una revelación que hubiera evitado los espantosos tormentos que he sufrido...? sí, María, porque he sufrido mucho... he sentido desgarrado mi más puro sentimiento por la mano implacable del desengaño y por el torcedor cruel de la desesperación y los celos. Habéis sido mi primer amor, y seréis el último. Os presenté mi alma virgen y sedienta de dicha, y la habéis pisoteado como pisotea el aldeano el reptil venenoso que encuentra en las montañas... Vinisteis á mí, no con los arrebatos celestes de la doncella enamorada sino con las hipocresías infames de la mujer perjura... Sin embargo, nunca salió un reproche de mis labios... no puedo decir lo mismo de las lágrimas que brotaron de mis ojos... Si antes de enlazarme á vos hubierais sido franca, hubiera dominado mi pasión, como sujetan los domadores las fieras que exhiben en los circos ecuestres... me hubierais evitado el infortunio en que me veo sumido... y no añadido también el ridículo, porque un Duque está por encima de ciertas posiciones y yo he sido fiel al encargo de mi padre. —*Ser siempre Duque.*

## V

La Duquesa se puso de pié como movida por un resorte: el espanto se dibujó en sus facciones, miró á un ángulo de la habitación como si hubiera percibido una luz desconocida y exclamó con acento extraviado:—Armando, ¿conque me habéis amado...? ¿conque tanto me amáis todavía y nunca me lo habéis dicho hasta ahora...? ¡Ay, Duque... Duque!... vuestro orgullo de raza os ha perdido... nos ha hecho desgraciados...

—María, hay cosas que no se dicen, que se leen en la mirada, en los labios... y en ciertos detalles que son revelaciones. Os ví entregada por completo al Marqués, y ¡os amo tanto! que por no haceros llorar... no lo he matado á pesar de que estaba en mi perfecto derecho. Hice creer al mundo que estaba intrigado por las últimas exploraciones africanas y os dejé libre... sola... y en brazos de vuestro amante... mientras yo frenético y triste recorría las ciudades y desiertos, llevando sobre mi alma los girones de mi pasión inmensa como Ashavero llevaba sobre su frente la maldición de Jesucristo. Tú, María, te dedicaste al amor correspondido y sonriente: yo me entregué á las tristes alegrías de la ciencia: no te recrimino... ¡te amo demasiado para hacerlo! ¡eres mujer y has obedecido á tu naturaleza...! yo como Duque, he sabido parapetarme detrás de mi posición para evitar las maledicciones sociales y para conservar mi actitud digna...

María cayó de rodillas y empezó á besar las manos del Duque.—Tú no puedes morir, porque yo te amo, decía entre sollozos. —Armando... Armando... qué espantosa revelación acabas de hacerme... cuánto debo haberte hecho sufrir... perdóname... no soy mala... no... pero ese Marqués infame á quien desde hoy detesto, tiene la culpa de todo. Si no te confesé antes mi pasión criminal, obedecí á que de no casarme contigo, me hubieran metido mis padres en un convento... no querían al Marqués porque estaba arruinado... yo... le tenía miedo... ¡aún se lo tengo!... me domina... pero ¡oh! desde hoy le odio... me ha hecho saltadora del amor, debiendo ser una esposa honrada... sí, le aborrezco porque te ha hecho desgraciado... porque su corazón está muy bajo del nivel del tuyo... ¡oh mi Luis Armando!... yo te amo... ¡y quien no te ha de amar si eres tan grande... tan noble... tan perfecto... perdóname... me perdonas, verdad... dime que sí... dime que aún me amas...

—Te amo, sí, y te perdono, pero es tarde para tanta dicha, murmuró el Duque con un acento en que palpitaban con las lágrimas las emociones del amor primero. Ya ves, yo muero. Te dejo el campo libre: tan pronto como transcurra un plazo correcto, cástate con el Marqués (el acento del Duque temblaba) sed felices... yo quiero que seas feliz.

Después haciendo un esfuerzo, atrajo á la Duquesa, y con arrebatos de agonizante, con fuerza de león, atrajo á su esposa, una sonrisa de suprema felicidad se dibujó en sus ojos... y la besó en la boca... en el cuello... en los cabellos... en las mejillas... en las manos... y cayó desplomado: aún conservaba la sonrisa.

Momentos después, decían los criados llorando: ¡El Duque ha muerto!

## VI

La prensa le llamó ilustre patricio: la aristocracia no tuvo para él (*rara avis*) más que frases de elogio: el pueblo le lloró ¡hacia tantas limosnas! y hasta sus adversarios políticos dijeron que había muerto un gran corazón, ¡no lo sabían bien!

## VII

La Duquesa se aisló por completo.

Había llamado al Marqués y le había dicho:

—Desde hoy todo ha terminado entre nosotros. Hemos hecho desgraciado á un gran corazón: hemos asesinado á un hombre honrado—hemos matado al Duque con nuestro amor criminal. Me habéis hecho desertar de las obligaciones dignas... y ese remordimiento me está consumiendo. Os odio... os aborrezco... no quiero veros más... ¡la súplica es inútil!... ¡me haríais un favor con mataros!

El Marqués se alejó de España.

## VIII

La viuda visitaba diariamente, en coche cerrado, el panteón del Duque.

Se le hicieron algunas brillantes proposiciones de casamiento y se alejaba con horror de los que de tal le hablaban.

Tiempo después se retiró á una de sus posesiones del campo.

## IX

Hace algunos días leí en un periódico de gran circulación, el enlace de la Duquesa viuda con el Marqués de Lorenzález, y con objeto de que no se formen comentarios de tal unión, la Duquesa se apresura á decir en tono confidencial á sus amigas que con tal casamiento realiza el postrer deseo del difunto Duque...

LANGE E. BLANCO



# Crónica



SRITA. LUISA GIL DEL REAL

Primera tiple de la Compañía de Zarzuela de Albisu

Bien conocidos son de nuestro público el talento y valer artístico de la distinguida cantante señorita Luisa Gil del Real, que ha sido nuevamente contratada por la empresa del teatro de Albisu, para la nueva temporada que comenzó ayer sábado.

Al insertar el retrato en este número, nos complacemos en saludarla como a una antigua conocida, deseándole el más completo triunfo en la nueva labor que hoy comienza.

No es necesario interrogar al *carnet*. La austera solemnidad de la semana no podía dejar notas de alegría con que poder abrillantar la crónica.

Hoy es injusta toda exigencia al que no habla porque no tiene de qué hablar.

Cuanto a lo que hay en perspectiva, varía la especie. El campo de noticias es abundante, como que se relaciona con los preparativos que se hacen para pasar el verano de la mejor manera, sin salir de los alrededores de la ciudad.

Ya en mi anterior crónica hacía mención de las temporadas de Madruga y Santa María del Rosario. De propio intento omití al Vedado. No sería, por cierto, muy corto el número de cuartillas que escribiese si me dedicase a referir los mil y tres proyectos que hay para la ya cercana temporada del poético barrio.

El Vedado—con quien no seré capaz de cometer la simpleza de llamarlo el “Biarritz cubano”—será este año el lugar que escogerán muchas y muy distinguidas familias para pasar los crudos meses de la estación estival. Volverán, y volverán muy pronto, aquellos deliciosos jueves de la *Sociedad*, y las frescas y agradabilísimas mañanas de los baños de *El Progreso*.

Este año la animación parece que superará por muchos conceptos a la del año anterior. Además de que el número de temporadistas será más crecido, corre el rumor, que acojo inmediata y gustosamente, de que un matrimonio distinguidísimo—ella muy celebrada por su belleza y él muy conocido por su amabilidad—tiene el propósito de ofrecer a sus amistades una *soirée* bailable cada semana en un elegantísimo *chalet*, pronto ya a terminar de construirse.....

La noticia ha circulado tan profusamente que ya, cuando quiero comunicarla, ha de carecer por completo del aliciente de la novedad.

Me refiero a unas bodas muy simpáticas, a las bodas de la gentil, la elegante señorita María Amblard con el señor Manuel Serafin Pichardo, el director queridísimo de este periódico.

En la Corte ha de tener efecto la nupcial ceremonia, el día 27 del corriente, apadrinada por la señora Rita Du'Quesne y el General Riva Palacios.

Después de corta permanencia en París, los nuevos esposos Amblard—Pichardo vendrán a la Habana, donde la simpatía y el aprecio de que siempre disfrutaron se traducirán en cariñosos recibimientos, halagüeños plácemes y votos cumplidísimos.

El FIGARO les obsequiará con un concierto en que tomarán parte distinguidos artistas.

A rumor confirmado, noticia rápida.

Es ya cosa hecha lo que anunciaba al final de mi última crónica. En efecto, el *Habana Yacht Club* ha acordado abrir con una *matinée*—que se celebrará a mediados de Mayo—la temporada.

Apropósito del *Club*: el nuevo Presidente de sociedad tan escogida es el señor José Springer, *clubman* distinguidísimo y un perfecto caballero en todas sus relaciones sociales.

El señor Springer ocupa un alto puesto en nuestro cuerpo consular y es una de esas personas que se tratan siempre con agrado, porque si es mucha su amabilidad no lo es menos su ilustración.

Mi saludo de enhorabuena al que con el señor Carlos Carbonell sostendrán el tradicional prestigio de la aristocrática sociedad de la playa de Marianao.

María Luisa Guitart y Valera, Cristóbal F. Moreno.—He aquí los nombres de dos distinguidísimas personas de la buena sociedad habanera que rindieron culto a Himeneo en la noche del sábado 6 del corriente en la parroquia del Monserrate. Ella, esbelta, hermosa, elegante, ilustrada, virtuosa, dechado entre la juventud femenina del buen tono. Él: reputado doctor en Medicina, distinguido émulo de *Hannemann*, excelente hijo, amigo cariñoso y cumplido caballero.

María Luisa y Cristóbal se amaban entrañablemente y se unieron en eterno consorcio por medio de la sagrada ceremonia del ministro de Dios ante los altares del templo del Monserrate. Allí asistieron numerosas y respetables familias a presenciar el acto, a pesar de no haber mediado invitaciones a la fiesta en razón al reciente luto en la familia de la joven desposada, quien tuvo la desdicha de perder hace poco a su querida hermana *Nela*, por cuyo motivo la señora madre de éstos, doña Bárbara Valera, excusó aceptar el cargo de madrina en la sagrada ceremonia, cediendo ese honor a la señora doña Francisca Rodríguez Lana de Moreno, madre del contrayente, y el de padrino al venerable anciano D. Laureano Guitart, abuelo de la joven desposada.

La señorita Guitart lucía una riquísima *toilette* de raso-perla elegantemente adornada con valiosos encajes de Inglaterra y una preciosísima diadema de azahares y jazmines y una riquísima joyas de oro y brillantes, entre las que llamaba la atención un lujoso brazalete de gran valor, obsequio, según nos informaron, del que tiene hoy la dicha de ser su amante esposo.

Después de la ceremonia eclesiástica, y acompañados de los concurrentes, partieron los novios a su nuevo nido, Belascoain y Lagunas, y a las diez de la noche para Marianao, donde permanecerán una breve temporada.

El joven señor Enrique Gottardi ha compuesto un wals dedicado a S. A. R. la Infanta Doña Eulalia de Borbón, que tan gratos recuerdos ha dejado en esta capital.

Según los inteligentes, dicha composición, que lleva por título *Cuba*, es muy bonita y adecuada para ejecutarse en los salones.

Felicitemos por ello al señor Gottardi, deseando que su composición musical sea bien acogida por S. A.



LUIS F. BERTEMATI

Reproducimos en el presente número el retrato del malogrado joven Luis F. Bertermati, cuyas altas dotes artísticas han sido tronchadas en flor por una muerte inesperada y cruel.

Repetimos hoy el testimonio de nuestra condolencia a sus afligidos padres y hermanos, con quienes nos unen vínculos de buena amistad.



FLORENCE GALLOWAY

Raoul Cay, mi queridísimo compañero en la crónica, el elegante joven tan estimado en nuestra sociedad, ya está de vuelta de su viaje á Méjico.

Lo ví y corrí á abrazarle el día mismo de su llegada.

Suprimo cuanto pudiera decir de nuestra *causerie* en una mesa de *Inglaterra*, en gracia á una noticia, que á ustedes, como á mí, causará la más agradable sorpresa.

Es, ni más ni menos, que su matrimonio con una joven inglesa, Florence Galloway, que pertenece á lo más distinguido de la sociedad mejicana y cuyo retrato tenemos el gusto de ofrecer aquí.

Raoul partirá en breve, quizás dentro de un mes, con dirección á Méjico, de donde retornará ya casado con la que es una señorita de admirable belleza, muy distinguida y muy elegante.

La solemnidad de jueves y viernes Santo llevó al Parque Central una concurrencia que fué el viernes mucho más selecta y numerosa que el jueves.

Nuestras más distinguidas familias lucieron lujosos atavíos, sobresaliendo por sus *toilettes* encantadores la Marquesa de Larrinaga, la señora de Arderius, Embil de Cowley, Cárdenas de Arango y algunas más que no me fué dable retener en la memoria.

Una boda siempre es para mí una fiesta simpática, porque significa la presunta felicidad de dos seres que se aman.

Siendo esto así, mucho más grato ha de ser á mi espíritu esa ceremonia, cuando los contrayentes son, además de amigos, dos personas llenas de merecimientos y dignas de la felicidad.

Me refiero á la bellísima Lola Betancourt y Salgado, que á sus virtudes une la modestia y la bondad en grado sumo, y al distinguido joven don

Leopoldo de Soto y Soto, que se unieron para siempre en la parroquia del Monserrate, la noche del domingo pasado.

Apadrinaron la boda la respetable señora doña Luisa Salgado, viuda de Betancourt, y nuestro buen amigo don Federico Betancourt, en representación del padre del novio señor Coronel Lorenzo Soto y Roca de Togores, firmando el acta como testigos nuestros compañeros de redacción doctor A. C. Vazquez y Dr. R. A. Catalá.

Apesar de no haberse hecho invitaciones especiales acudieron á presentarse esta boda distinguidas familias entre las que se encontraban las de Chartrand, Silveira, Perez Malo, Marquesa de Larrinaga, Amenábar, Landeta, Rodríguez, Zambrana, Catalá, Vazquez, Menocal, Faura, Ayala, Carmen Orbea, Mora, Coinellas, Soto, Torralbas, Márquez Saavedra y el Coronel retirado de infantería don Lorenzo de Soto y Roca de Togores.

He recibido una elegante tarjeta en que me participan el bautizo del precioso bebé José Victoriano, hijo del señor don Mariano Ruiz de Alejos y Gallego y de la señora doña Mercedes Lozano de Ruiz de Alejos.

Fueron padrinos del tierno neófito nuestros amiguitos José Pujals y Claret y la gentil señorita Cristina Pujals y Claret, hijos del respetable y dignísimo Ingeniero Director de las Obras del Puerto.

Agradecemos la exquisita atención de los padrinos y deseamos al baby José Victoriano eternas satisfacciones.

Parzival. Imaginaos el cielo de día guarnecido de estrellas brillantes y tenéis el golpe de vista que presenta un estuche de la perfumería *Parzival* como lo podéis ver exhibido en el Palais Royal, Obispo 58; El Anteojo, Obispo 28; La Australia, Obispo 31; La Emperatriz, San Ignacio 70 y en otros establecimientos. El señor don Wilham Rieger, fabricante de la perfumería *Parzival* es proveedor de las *Reales Cortes de España, Portugal é Italia*, sus productos han sido premiados en todas las exposiciones del mundo y ultimamente en la de Chicago con el diploma siguiente:

“Por el más alto grado y superior excelencia de las preparaciones exhibidas; por la delicadeza y permanencia del perfume; por el elegante estilo y la belleza con que han sido presentados.”

ENRIQUE FONTANILLS.

## Correspondencia \* especial \*

New York, Marzo 20 de 1895.

SEÑOR Director: Ni la catástrofe del “Elba”, ni el retardo de la “Gascogne”, y las 400 víctimas sepultadas vivas, el 26 de Febrero último, á causa de una explosión de gas en una mina de Nuevo México, nada ha puesto en una ajitación tan grande á esta ciudad como el matrimonio de Ana Gould con el Conde Boniface de Castellane.

Puede decirse, que durante tres semanas los diarios newyorquinos no hablaron de otra cosa, y á tanto llegó su afán por dar á conocer aún los últimos detalles de esta boda tan sonada, que se publicaron descripciones y grabados hasta de las medias, camisa de dormir y peinadores de baño de la novia. Un periódico francés censura este proceder de los *rapporters* americanos, para los cuales, dice, no existe nada de sagrado; pero nosotros creemos que esa censura debería recaer más directamente sobre las personas que, por indiscreción ó vanidad, pusieron al alcance de los diarios esos detalles íntimos, que deberían ser ignorados absolutamente. En casos semejantes el misterio lo embellece todo; si la publicidad descorre el velo, la ilusión está perdida.

Pero entremos en materia.

El viejo Jay Gould, padre de la desposada, sin más que una mediana educación, sin abolengos conocidos, sin fortuna y sin el apoyo de nadie, de simple dependiente de una pulpería llegó á ser cien veces millonario. Cuando tuvo alas, se lanzó al comercio y á la Bolsa; y sus campañas en ésta merecieron el justo calificativo de *napoleónicas*.

Casado con una señora católica, tuvo de ella seis hijos, que viven aún, á saber: Jorge Jay, Edwin, Howard, Elena, Ana y Frank. Mrs. Gould, como la llamaremos, para seguir la costumbre americana, fué una buena esposa, y cuanto de ella se sabe es que murió poco antes que su marido. Como se ve, su historia carece de interés.

Jorge, el hijo mayor, hoy cabeza de la casa, era de una constitución endeble, por lo cual se le envió á la escuela militar y se le dedicó á los ejercicios atléticos. A los 16 años era ya otro hombre, y entonces obtuvo de su padre que lo colocara en la casa comercial de Washington E. Connor, de quien lo hizo socio. A los 21 años de edad volvió al lado del viejo, el cual con sobrada razón depositó en su primogénito su más ciega y absoluta confianza.

Jorge tiene una loca pasión por el teatro, y en el teatro conoció á la que hoy es su esposa, la Srita. Edith Kingdon, joven actriz anglo-americana, de ojos y cabellos negros, de notable talento, de irresistible hermosura y de conducta inmaculada.

Edith sostenía con su trabajo de artista á su madre viuda y desvalida. Jorge se enamoró perdidamente de la joven, averiguó todo y le hizo la corte como á una reina. Poco después se casó con ella, no á mucho contentamiento del millonario. Sin embargo, cuando éste conoció á su nuera y cuando vinieron los nietos á alegrar la casa, renació el padre en el abuelo, y hubo formal y sincera capitulación.

Jorge Gould tiene hoy 33 años, y aunque no ha heredado la audacia del bolsista, marcha con paso seguro é irá lejos.

El Capitan Edwin Gould, que sigue á Jorge, es un mozo de alma atravesada, emprendedor y atrevido como él solo. Ese está llamado á ser una notabilidad en el mundo de las finanzas.

Cuando era estudiante dijo á sus padres que ya sabía lo que necesitaba para ser millonario, y pidió que se le sacara del Colegio. La respuesta fué negativa. El mozo vendió sus libros y sus enseres de colegial, y se fugó. Seis meses después volvió á su casa y presentó á su padre UN MILLÓN de dollars, en oro, ganado con el producto de la venta de sus libros y con las facilidades que para el negocio le daba el prestigio de su apellido. Esto parecerá increíble al lector sud-americano, pero es un hecho auténtico.

Lo mismo que Jorge, Edwin es un hábil telegrafista, y en la patinación, en la esgrima, en la natación y en todo lo que se relaciona con el *sport* moderno, sobresale por su agilidad y por



sus músculos de bronce. Hace algunos años pertenece al gremio de la *gente seria*, pues se casó con la Srita. Sara Cantine Shardy, hija del renombrado cirujano del mismo apellido. Estuvo enamorado desde que tenía 21 años y ella 16, y á pesar de su carácter inquieto es un buen esposo y un padre amante.

Howard, que tiene hoy 25 años, es el tercer hijo del millonario, y no difiere mucho de Edwin por su modo de ser. Como éste, y como Jorge, abandonó pronto el Colegio, y pidió trabajo á sus hermanos, sin que éstos pudieran tachar un proceder que habían autorizado con el ejemplo. La primera manifestación de su genio comercial fué el aconsejar á la casa la única solución ventajosa de un arduo problema financiero que la preocupaba, y que implicaba millones.

Poco tiempo después el joven anunció que iba á casarse con una actriz, la Srita. Odetta Taylor. Jorge, el llamado á poner los puntos sobre las íes, no pudo decir ni chus ni mus, porque él había hecho lo mismo; pero averiguó por debajo de cuerda, y llegó á saber que la novia tenía una historia dudosa, como que estaba divorciada de su marido. Se sospechan, aunque no se conocen, las maquinaciones de Jorge, para dominar con tiempo aquel incendio. Lo cierto es que Odetta rompió por sí misma el compromiso, y como la heroína de Campoamor en "El Tren Expreso", se fué á uno de los Estados del Sur.

"A esperar el olvido un año entero."

En seguida se comprometió Howard con otra actriz, la Srita. Lulu Hopper, pero esos amores, que no dieron mayor cuidado á la familia Gould, fueron languideciendo, hasta que al fin la hermosa Zella Nicolaus, un nuevo amor de Howard, vino á darles el golpe de gracia. Volvió Jorge á meter la mano, y entonces se suscitó un grande escándalo. Zella acusó á Jorge ante los tribunales, no de haberle arrebatado á su novio, sino de haberle sustraído un *check* de \$40,000 (oro) que Howard le había dado en Chicago. ¿Cómo arregló Jorge el desaguisado? No se sabe, pero se colige: la Zella Nicolaus se fué á Europa, acompañada del antiguo superintendente de la casa de Gould, y no volvió á quejarse....

Elena Gould, LA ABEJA REINA, como la llaman los periódicos de aquí, tiene 24 años, y sin ser un tipo acabado de belleza física, es la encarnación de la belleza moral. Enemiga de devaneos, su nombre no ha sonado nunca, sino cuando se ha tratado de una buena acción. La mayor parte de sus rentas, que pasan de quinientos mil dollars anuales, se va en obras de caridad. Es la protectora de los niños y de las jóvenes pobres. Se la halla donde quiera que ella sabe que hay una lágrima que enjugar, y es el ángel de los desvalidos.

La actual Condesa de Castellane, ANA GOULD, es menos bella que su hermana, pero más deslumbradora, y de un corazón más atrevido. Príncipes poderosos y estudiantes descamisados han aspirado á su mano, pero ella sabía que los QUINCE MILLONES de su dote le permitían, como á la garza de la fábula, esperar á que pasara un pez dorado.

En 1893 se habló de un compromiso matrimonial entre ella y el aplaudido actor Harry Woordnff. Jorge Gould volvió á rascarse en la cabeza.... Qué maldita idiosincracia la de su familia! Siempre el amor al teatro!

Parece que al joven cómico se le exigió que abandonara la escena, que estudiara para abogado y que cuando obtuviera su título presentara de nuevo su propuesta. Jorge alegaba que la mujer sigue siempre el nivel del hombre: una actriz casada con un Gould no es lo mismo que una Gould casada con un actor.

Parece que el mozo se avino á las condiciones, y que el matrimonio del Conde de Castellane con su amada lo sorprendió cuando el pobre se quemaba las pestañas estudiando á algún Don Juan Salas en inglés.

A principios de 1894 tuvo Ana otro compromiso con el banquero William M. Harriman, pero se rompió de común acuerdo, por razones ignoradas.

Poco después en París, en el aristocrático barrio de Saint Germain, estuvo casi comprometida con el Príncipe Stenberg Von Birnstein, y dió calabazas al Conde Bosen de Talleyrand-Périgord. Allí conoció al Conde de Castellane, el cual tras una larga campaña en Newport, donde Ana residió hasta mediados de Enero, logró rendir la tremenda fortaleza de los quince millones.

Frank Gould, el Benjamín de la casa, es todavía un niño; lo que de él sabemos es que le gusta mucho el teatro: con el tiempo le gustarán también las actrices.

El conde de Castellane, hijo de los Marqueses del mismo nombre (que vinieron de París á solemnizar el matrimonio) pertenece á las familias históricas de Francia. Sus abolengos, desde Talleyrand para arriba, llegan hasta los Rohan-Cobot. Además los Marqueses de Castellane, poseen una fortuna de diez

millones de francos, lo que no es poca cosa para la arruinada nobleza de Francia.

Oh poder del oro! hé aquí á la hija del pulpero republicano entroncada con la raza de los chambelanes de Hugo Capeto! Pero esto no es nuevo: Catalina de Médicis, hija de un oscuro millonario florentino, fué Reina de Francia. Qué milagros no puede el oro?

Celebróse la fiesta el día 4 del presente Marzo, á las doce del día, en el salón oriental del palacio de la 5ª Avenida, perteneciente á Jorge Gould, y aunque estamos en Cuaresma y la novia es protestante, el Arzobispo católico Monseñor Corrigan, no tuvo inconveniente en conceder todas las licencias del caso y en celebrar él mismo el matrimonio.

Ana Gould, en pago del título de Condesa que recibía, regaló á Castellane dos millones de dollars al firmar el contrato....

"El toma en arras el oro  
Y la novia el oropel."

En el momento en que, mediante las palabras sacramentales de la ceremonia, la señorita Gould pasaba á ser Condesa de Castellane, dos mil niños pobres se sentaban á un opíparo banquete en diversos puntos de la ciudad, y eran obsequiados con dinero y golosinas para después.

El palacio de la 5ª Avenida era un bosque de rosas y de lilas, tanto más caras cuanto sólo se producen en los invernáculos, en la actual estación. Todos los Estados vecinos dieron su contingente de flores, y no es posible calcular lo que se gastaría en ellas. La música, los licores, las medallas ó recuerdos para los ochenta invitados, quedan á juicio del lector. No dejaremos de anotar que, entre los asistentes, figuraban distinguidos miembros del Cuerpo Diplomático, venido de Washington sólo para concurrir á la ceremonia.

Con el valor de los presentes que recibió Ana Gould el día de su matrimonio, habría para cruzar con un ferrocarril cualquiera de nuestras pequeñas repúblicas. Señalaremos sólo los de su familia.

El principal, por su valor histórico, es el de los Marqueses de Castellane: consiste en un collar de cinco hilos de hermosísimas perlas, que pertenecieron unas á Enrique IV y otras á la bella y desgraciada María Antonieta. Es una joya de familia que no puede pasar sino de padres á hijos, y vale un dineral.

Helena Gould presentó á su hermana un corazón de brillantes, en el centro del cual luce el famoso y legendario diamante llamado "El Esthezar," por haber pertenecido á la familia de ese nombre, que como "El Regente" es uno de los mejores del mundo. Aparece rodeado de once brillantes menores, pero cada uno demasiado grande para ser engastado como un *solitario* corriente.

El obsequio de Jorge Gould y su señora es un collar, que nosotros llamaríamos *coraza*, de ochocientas perlas escogidas y setenta y dos brillantes regios, artísticamente entremezclados. El de Edwin y su señora es una tiara de piedras preciosas que pocas reinas pueden ostentar. El de Frank, que se reputa suficiente para pagar el rescate de un rey, es una cadena de descientos brillantes, que puede servir como collar y como brazalete. El de Howard es un lazo de brillantes, también de incalculable precio. Ante tales maravillas se cree uno transportado á los fantásticos palacios de las "Mil y una Noches," pero por mucho que dude el lector de la verdad, garantizamos que no hay exajeración en lo que narramos y más bien nos quedamos cortos.

Después de terminado el banquete de bodas, los novios partieron á Lyndhurst, poética residencia de verano en la parte superior del Hudson, que el viejo Gould dejó como legado especial á su hija Helena; de allí regresaron el 5 por la noche al Hotel Waldorf, y se embarcaron el 6 en el *New York* para Europa.

La familia Gould, cada uno de cuyos miembros, fuera de las donaciones obtenidas *inter vivos*, había heredado á la muerte de su padre quince millones de dollars, incluso Jorge que fué mejorado con cinco más, la familia Gould, decimos, vivía sin llamar la atención del mundo aristocrático, á pesar de su colosal fortuna. Un día la bella esposa de Jorge, que sin duda tiene más talento que él, le dijo:

—Quieres que nos hagamos notables? Pues, bien; compremos el "Vigilant", el famoso yacht del Príncipe de Gales, futuro rey de la Gran Bretaña; hagamos de él un palacio, crucemos los mares, visitemos los principales puertos y capitales del mundo, y... ya verás!

Jorge halló buena la idea, compró el yacht, y la familia Gould hizo la regia expedición de que tanto hablaron los periódicos del mundo. Desde entonces data su celebridad social.